

¡Franco, Franco, Franco!

Terminada la guerra civil llegó una paz sin reconciliación. Los vencedores ajustaron cuentas con los vencidos: unos, a la cárcel, otros, al paredón.¹⁶⁰

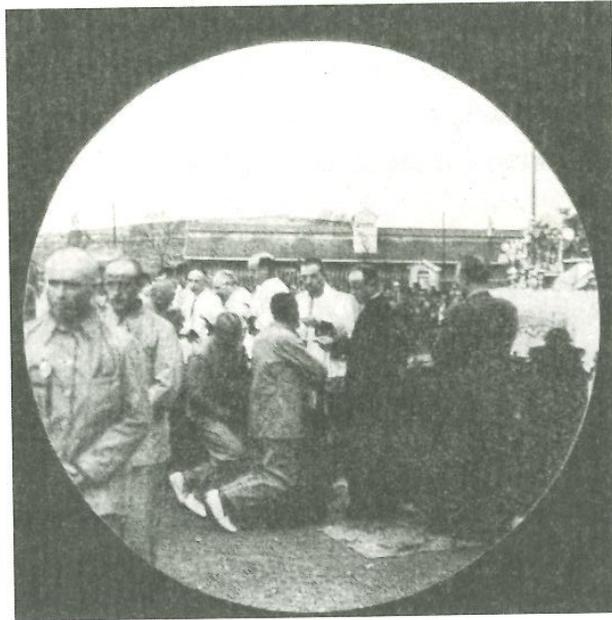
Franco retuvo todos los poderes que se le habían otorgado mientras durara la guerra e incluso los acrecentó. En la exaltación del momento, con los derechistas españoles ebrios de victoria y prendados de Hitler y Mussolini, nada parecía más natural. Los monárquicos (muchos generales entre ellos) también aceptaron, aunque a regañadientes. Con los nubarrones de una inevitable guerra europea remansándose en las fronteras parecía prudente prolongar el mando único y militar aunque ello significara aplazar temporalmente la restauración de la monarquía. Franco sonreía bajo el bigote. Ya lo dejó profetizado el general Sanjurjo, que no era tan bestia como parecía: «Franquito es un cuquito que va a lo suyito».

¿De dónde procedía la autoridad de Franco? Al principio de la guerra los generales rebeldes de la Junta de Defensa Nacional le habían concedido el mando supremo y la jefatura del Estado «mientras dure la guerra».

—Ustedes no saben lo que han hecho porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el ejército de África —co-

160. La población reclusa, entre trescientos cincuenta mil y medio millón de prisioneros, se repartió entre ciento cuatro campos de concentración estables y ciento ochenta provisionales.

mentó el general Cabanellas al general Queipo de Llano—. Si le entregan España va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra ni después de ella hasta su muerte.



Presos republicanos asisten a misa y comulgan en un penal.

Proféticas palabras.

—¡Qué error cometimos, Gonzalo! —comentaría a Queipo el general Orgaz.

Las hagiografías patrióticas presentaban a Franco como el nuevo Napoleón (que también era bajito). Prensa, radio, murales, carteles, actos patrióticos, discursos, sermones..., por todas partes su nombre se une a los de Hitler y Mussolini, los triunfadores del momento.

La propaganda nacional comparaba a Franco con Hitler y Mussolini. El comienzo de la guerra mundial, con los resonantes éxitos de los fascismos, ahondó el paralelismo: en Italia había un Duce, Mussolini; un partido, el fascista; una camisa, la negra; un emblema, el *fascio*, y una voluntad de imperio (Libia, Etiopía, etc.); en Alemania había un Führer, Hitler; un partido, el nazi;

una camisa, la parda; un emblema, la esvástica, y una voluntad de imperio (el espacio vital que la raza alemana reclamaba en el Este). Consecuentemente, en la Nueva España hubo un Caudillo, Franco; un partido, Falange Española Tradicionalista y de las JONS;¹⁶¹ una camisa, la azul; un emblema, el yugo y las flechas, y una voluntad de imperio, el norte de África.

¿Imperio español? ¿No habíamos liquidado sus últimos restos en 1898? ¿Cómo es que aparece nuevamente en un momento en que la mitad de los españoles se acuesta sin cenar? Entiendo las dudas del escéptico lector. Intentemos explicar de dónde procede este súbito rebrote imperialista.

La derrota de la República había acarreado el exilio de muchos intelectuales. Nuevos inquilinos, intelectuales de derechas comprometidos con el Régimen, ocuparon los pesebres vacíos de las universidades. Fieles a las consignas que recibían de lo alto, estos estómagos agradecidos suministraron el maquillaje cultural necesario para que España se asemejara lo más posible a sus modelos nazifascistas europeos.

Italia y Alemania eran naciones de nuevo cuño, formadas solo en el siglo XIX, que habían llegado tarde al reparto de los imperios y anhelaban formarlos ahora. Por mimetismo, España, que no tenía donde caerse muerta (de hambre), dio en soñar con sus tiempos imperiales. Ideólogos al servicio del Régimen inventariaron las puras esencias de la raza, cuyo cultivo restablecería la pasada grandeza imperial. España, «unidad de destino en lo universal», los Reyes Católicos, el cardenal Cisneros, el «prefiero perder mis

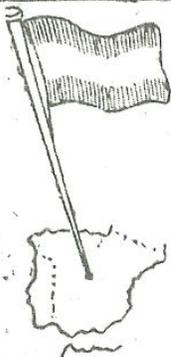
161. El partido de José Antonio, que en las elecciones republicanas no había sacado ni un solo diputado, contaba ya con cerca del millón de afiliados. Todo el que quería ponerse a salvo de desagradables contingencias o simplemente medrar en el futuro se afiliaba a Falange. Los falangistas de la primera hora intentaron en vano mantener la pureza del ideario del fundador, pero terminaron engolfados en la avalancha de arribistas que vistieron la camisa azul para medrar a la sombra del poder. Al sucesor de José Antonio, Raimundo Fernández Cuesta, lo desactivó Franco enviándolo de embajador a Río de Janeiro.

Estados a gobernar sobre herejes», el «más vale honra sin barcos que barcos sin honra», el «es preferible morir con dignidad a vivir con vilipendio» comparecieron en todos los discursos.

Mientras el país aguantaba los retortijones del hambre y muchos estómagos se habituaban a digerir algarrobas, en las tribunas resonaban las sustanciosas palabras del viejo tronco castellano: vil, jerarquía, imperial, señero, vibrante, augusto.

CONTRA EL FRIO
EL MEJOR COÑAC A GRANEL
7 PESETAS LITRO
SAN VICENTE, 31
(103 A)

PARA EL DESFILE DE LA VICTORIA



QUE NO FALTEN EN LAS MANIFESTACIONES
PATRIÓTICAS DE CADA POBLACION

BANDERAS NACIONALES

en papel 48 centímetros alto, a 35 céntimos
autorizadas por el Servicio Nacional de Propaganda

Se venden en: Gráfica Manén, Diputación, 116, Barcelona
LIBRERIAS - PAPELERIAS - QUIOSCOS - AMBULANTES
Y CORRESPONSALES DE PRENSA

Solicitar telegráficamente envío urgente, reponiendo 20 pesetas el cien

Significativos anuncios en la prensa de la posguerra.

Fue una ideología postiza, mimética, esteticista, que solo justificó ciertas apetencias de los militares africanistas que añoraban los aduares magrebíes y aspiraban a ampliarlos. Franco la mantuvo transitoriamente en los primeros años de la posguerra y luego se olvidó de ella sin pesar.

Al contrario que sus modelos Hitler y Mussolini, Franco nunca se sintió ligado a ideología política alguna. Como Groucho Marx, Franco podía decir: «Estos son mis principios, pero si no les gustan los cambio». Su pensamiento político se limitaba al mantenimiento de las dos básicas virtudes cuarteleras: orden y disciplina. En la fase final de la guerra y primera posguerra parecía falangista, pero en cuanto la suerte de la guerra les fue adversa a los fascismos, sus entusiasmos falangistas se enfriaron, dejó de usar la camisa azul, volvió a vestir de militar y chaqueteó hacia una nueva ideología que sustituyera a la totalitaria: la nacionalcatólica, para lo cual contó con el aplauso agradecido de la Iglesia. Desde entonces la Falange quedó progresivamente reducida al papel de claque del Régimen.

AUTARQUIA

La mejor patata y la más barata, la de tu huerto. El mejor zapato y el más barato, el de tu vecino zapatero. El mejor mármol y el más barato, el ladrillo de la fábrica de tu aldea. El mejor periódico, el de tu villa. El mejor aire, la mejor agua, la más hermosa vista, son las de tu ciudad. Cuando tu zapatero trabaja, puede montar bien utilizada zapatería, tener a los de tu aldea de maestros, oficiales y aprendices, comprar tus cueros, tus tejidos, tus cordas y amontonar en el Banco de tu ciudad sus dineros. He aquí que tu villa vale por rica en dineros y en ciencia. Suma de aldeas, igual pueblo, nación; pero autarquía es riqueza y ciencia, nunca avaricia

Recorte de periódico, 1944.

Entrevista en Hendaya

Día 23 de octubre de 1940. Un gran acontecimiento histórico se produce en la estación de ferrocarril del pueblecito fronterizo de Hendaya, en la Vasconia francesa, engalanada para la ocasión con banderas nazis y españolas.

¡Oh, tú, Hendaya, la más pequeña de las ciudades de Francia, que hoy entras en la historia y suspendes el ánimo de los mandatarios del mundo! Hitler, el amo de Europa, se ha citado en este apeadero de tercera con Franco, el amo de España.

De un lado, Hitler, un hombre sin estudios secundado por una pandilla de matones, pero votado y aplaudido fervorosamente por el pueblo alemán, autoproclamado el más culto de Europa, para realizar unos planes geopolíticos y raciales científicamente cimentados en la pseudociencia, la superstición y la total ausencia de escrúpulos. A ver quién frena eso.

Del otro lado, Franco, un militar enterizo designado por la Providencia (lo ha dicho el papa, que es infalible) para liderar una cruzada que ha salvado a la católica España de caer en las garras del comunismo disolvente y ateo. A ver de qué parte está Dios.

Contemple ahora el escéptico lector las fotografías de la página siguiente y dígame las diez diferencias. Parece la misma foto y en realidad es la misma foto, pero una de ellas ha sido torpemente manipulada en los tiempos previos al Photoshop: en realidad, la figura de Franco es un recorte tomado de una fotografía diferente. Las instantáneas originales en las que Franco aparecía minúsculo, apocado y obsequioso, se sustituyen por otras burda-



Foto auténtica de Franco y Hitler en Hendaya. Franco luce en el pecho la Cruz del Águila alemana. En la trucada luce, en cambio, la Medalla Militar Individual.



Foto trucada que distribuyó la propaganda: el fondo es auténtico, tropas que rinden honores en la estación de Hendaya, pero Hitler y Franco se han recortado de otras fotografías anteriores para realzar la imagen del Caudillo.

mente trucadas en las que, sobre la fotografía verdadera, han pegado el recorte de una fotografía de Franco tomada en un acto patriótico, lejos de la intimidante figura del Führer, una fotografía en la que el Caudillo aparece seguro de sí mismo, bizarro, dominador de la situación. El original se distingue perfectamente del recortable por un pequeño detalle: en la fotografía auténtica el Caudillo luce en el pecho la Cruz del Águila Alemana. En las trucadas, lleva al pecho la Medalla del Mérito Individual, una condecoración muy española.

La fotografía es tan falsa como lo que nos han contado de la sabiduría de Franco al mantenernos fuera de la guerra.

En realidad, Franco intentó entrar en la guerra cuando, después del desastre de Dunquerque, creyó que Inglaterra estaba vencida y su rendición era cosa de pocos días, pero en aquella ocasión Hitler ignoró su ofrecimiento por la misma razón: ¿para qué necesitaba el apoyo del enano español si ya tenía a Inglaterra a sus pies?¹⁶² Pasó luego el verano de 1940 y cuando Hitler comprendió que no podría conquistar Inglaterra (la Luftwaffe había fracasado frente a la RAF) pensó en un plan alternativo: si ocupaba

162. De la disposición de Franco a entrar en la guerra cabe poca duda. Si al principio de la guerra declaró la estricta neutralidad de España, por mera cautela, nueve meses después, cuando Italia se sumó al conflicto tras la sucesión de resonantes victorias alemanas, no vaciló en abandonar la neutralidad para declararse solamente «no beligerante», un calculado paso intermedio antes de alinearse con sus colegas nazifascistas. El 3 de junio de 1940 Franco envió al general Juan Vigón a Berlín con una cordial carta de felicitación a Hitler por «los éxitos conseguidos». El 19 de julio de 1940 el ministro de Asuntos Exteriores español, coronel Juan Beigbeder y Atienza, comunica a su homólogo alemán la disponibilidad de España para entrar en la guerra sin más contraprestación que suministros de víveres, gasolina (que dejaríamos de recibir por mar, dominado por los ingleses) y algunos cañones para defender las costas. A cambio, Franco aspiraba a recibir Argelia y el Marruecos francés, que la Nueva España reclamaba en virtud de derechos históricos. La primera acción bélica española sería la reconquista de Gibraltar. Explico el episodio pormenorizadamente en mi libro *Los años del miedo*, Barcelona, Planeta, 2008.

Gibraltar e impedía la navegación enemiga por el Mediterráneo, ruta de los suministros que venían de la India y otras posesiones del Imperio, el Reino Unido se rendiría en pocas semanas.

Gibraltar solo podía conquistarse por tierra (Inglaterra dominaba los mares). Hitler necesitaba aliarse con Franco para que permitiera el paso de sus tropas, pero ya el astuto Franco había comprendido que Inglaterra no estaba vencida y había moderado su inicial entusiasmo. La supervivencia de España dependía de la buena voluntad de la flota inglesa, que dominaba el mar y podía impedir el aprovisionamiento de trigo y materias primas del que dependía España.¹⁶³

En Hendaya, Franco le confirmó a Hitler que deseaba fervientemente entrar en guerra al lado de Alemania, pero antes necesitaba que su aliado le suministrara armas, alimentos y carburantes, porque España estaba apuradísima, apenas le llegaban exportaciones a causa de la guerra, y no acababa de levantar cabeza. Además, Hitler debería atender sus reivindicaciones territoriales en África.¹⁶⁴

Hitler no esperaba tantas exigencias. Debido a su congénita arrogancia germana, acrecentada por las recientes victorias en los frentes de Europa, que confirmaban la superioridad de la raza aria, Hitler despreciaba a los españoles como especímenes de una

163. En 1940 España necesitaba anualmente para sobrevivir trescientas mil toneladas de grano, cuatrocientas mil de gasolina y doscientas mil de carbón, aparte de gasóleo, algodón y otras menudencias. Todo ello le llegaba por vía marítima, con permiso de Inglaterra, que le expedía *navicerts* o permisos de navegación necesarios para que cargueros españoles o neutrales alcanzaran los puertos españoles atravesando el Atlántico, que era zona de guerra. Inglaterra le administraba los permisos con cuentagotas y de este modo disuadía a Franco de toda tentación beligerante, al tiempo que le aseguraba unos suministros mínimos para que su supervivencia no dependiera de la ayuda del Eje, circunstancia que lo habría obligado a satisfacer las exigencias del Führer.

164. Un nuevo imperio español integrado por Marruecos, Argel y el Oranesado, entonces en poder de Francia. También quería ampliar el territorio del Sahara español hasta el paralelo 20 y el de Guinea. Igualmente aspiraba a recuperar Gibraltar, que debería ser ocupado por tropas españolas, aunque no se descartaba una discreta colaboración alemana.

raza inferior. No había más que mirar a Franco. Aquel tipejo adiposo con pinta de tendero judío lo había recibido estrechándole la mano entre las dos suyas, untuoso y servil, y luego había desfilado a su lado intentando cómicamente estirarse para imitar, con patéticos resultados, la connatural marcialidad germana. Aquel tipejo que no alcanzaba ciento sesenta centímetros de altura le debía la victoria en la reciente guerra civil. ¿Cómo se atrevía a pedir nada? Debía arrastrarse a sus pies encantado de ponerse al servicio de la Gran Alemania.

Franco, por su parte, se creía un gran estadista y pensaba que podía codearse con Hitler en términos casi de igualdad. En el vagón de Hitler se inició un diálogo de sordos. Franco insistía en sus peticiones: ayuda económica e imperio colonial; Hitler, como si no hubiera oído nada, insistía en que la guerra estaba ganada y si Franco quería ventajas en el ordenamiento del mundo que seguiría a la paz más le valía entrar en guerra inmediatamente.

Nuevo monólogo de Franco sobre las razones antes expuestas. Mientras Franco hablaba, Hitler, arrogante y maleducado, bostezó ostensiblemente entre catorce y dieciséis veces.¹⁶⁵ Cuando Franco terminó su exposición, Hitler le dijo:

—Mi querido general, no puedo entregarle algo que todavía no me pertenece. —E indicó a su ministro de Exteriores, Von Ribbentrop, que entregara al ministro español de Exteriores, Serrano Suñer, el documento que traían preparado. A continuación se levantó bruscamente, dando por terminada la reunión. El reloj marcaba las seis y veinte.

Al salir del vagón, uno de los traductores españoles escuchó lo que Hitler le decía a Von Ribbentrop: «Mit diesen Kerle kann man nichts machen» (Con esta gente no hay nada que hacer).

De vuelta en su vagón, Franco y Serrano Suñer examinaron el documento alemán. Un acuerdo según el cual España entraría en guerra cuando Alemania se lo pidiera, sin contrapartida alguna.

165. Según el recuento que harían, días después, los dos testigos españoles, Serrano Suñer y el barón de las Torres.

Franco y Hitler volvieron a encontrarse a la hora de la cena y recuperaron algo de la cordialidad inicial. Después de cenar, se reanudaron las negociaciones. Otro fiasco. Durante hora y media las dos partes reiteraron sus posiciones repitiendo los mismos argumentos de la tarde. Franco pedía lo que Hitler no estaba dispuesto a conceder (no quería malquistarse con la Francia de Pétain, dueña de aquellas tierras); Hitler lo intentaba convencer de que entrara en la guerra sin contrapartidas, con vagas promesas de compartir el triunfo con los vencedores.

Pasada la media noche, Hitler, cansado y aburrido, «se levanta groseramente de la mesa y, casi sin despedirse, se marcha. Luego recapacita y celebra una despedida oficial y correcta en el andén».

El tren español regresó a San Sebastián. Semblantes preocupados y una misma idea rondando en todas las cabezas aunque nadie se atreva a ponerla en palabras: «Estos cabezas cuadradas, ¿serán capaces de invadirnos y tomar por las bravas lo que no cedemos por las buenas?». Las amenazas se habían reiterado, cada vez más explícitas. Serrano Suñer, ceñudo, lo iba rumiando. Franco, que necesitaba hablar con alguien, le preguntó su impresión al traductor, el barón de las Torres. «Con el debido respeto, mi general, pienso que estos alemanes son unos perturbados y unos maleducados.»

En San Sebastián, Franco y Serrano Suñer redactaron un proyecto de protocolo «menos rígido que el alemán», pero igualmente claudicativo.

España se unía en secreto al Eje Berlín-Roma-Tokio y se comprometía a entrar en la guerra en cuanto se dieran las condiciones necesarias. El documento reconocía que «en cumplimiento de sus obligaciones como aliada, España intervendrá en la presente guerra contra Inglaterra al lado de las potencias del Eje una vez que haya recibido la ayuda necesaria para su preparación militar, en el momento que se fije de común acuerdo por las tres potencias [...]. Alemania garantizará a España ayuda económica, facilitándole alimentos y materias primas, así como haciéndose

cargo de las necesidades del pueblo español y de las necesidades de la Guerra». ¹⁶⁶

Hitler no se dio por vencido e insistió de nuevo. ¹⁶⁷ Lo que salvó a España de la calamidad de la guerra (y permitió a Franco mantenerse en el poder el resto de su vida) fue que el impaciente Hitler cometió poco después su error fatal: abrió un segundo frente atacando a la Unión Soviética. Calculaba que en cinco meses, antes de que llegara el invierno, el *Übermensch* («superhombre») alemán habría derrotado al *Udermensch* («infrahombre») eslavo. Como no le salieron las cuentas, el asunto de conquistar Gibraltar pasó a un segundo término, lo que salvó a España (y a Franco) de una mayor implicación en la guerra. Si algo hay seguro es que, si Franco hubiera participado en la guerra, su Régimen y él mismo habrían caído en 1945, y la historia posterior de España habría sido muy distinta.

Durante el resto de la guerra mundial, España se mantuvo en su «no beligerancia» (un concepto más sutil que el de neutralidad). Al principio Franco continuó con su política descaradamente progermana y hasta envió a Hitler la División Azul, ¹⁶⁸ pe-

166. La copia española del protocolo secreto se ha perdido, probablemente expurgada de los archivos del palacio de Santa Cruz al término de la segunda guerra mundial en un intento de eliminar las pruebas de la implicación de Franco en la contienda. Esta precaución se reveló, a la postre, inútil, puesto que la copia alemana se encontraba entre los archivos que los americanos confiscaron en Alemania, en la Wilhelmstrasse o Cancillería del Reich, y enviaron a Estados Unidos.

167. Un mes después del encuentro de Hendaya, el 14 de noviembre de 1940, Ribbentrop citó a Serrano Suñer en el Berghof, el retiro de Hitler en los Alpes bávaros. Serrano Suñer expuso nuevamente la angustiada situación de España. Sin suministros de trigo y petróleo (que la marina inglesa cortarían en seco), la hambruna aniquilaría a la población. Aun sin guerra, España sufría un déficit de un millón de toneladas de trigo, informó. Hitler le concedió «algún mes más para prepararse y decidirse, pero cuanto antes lo haga será mejor para todos».

168. En dos años de lucha pasaron por Rusia, en distintos relevos, hasta 47.000 voluntarios, de los que murieron 4.954, 8.700 resultaron heri-

ro a partir de finales de 1942, tras los descalabros alemanes de Stalingrado y el norte de África, el cauto y camaleónico Franco quitó de su mesa el retrato dedicado de Hitler enmarcado en cuero y fue adoptando un planteamiento más claramente neutral.



La España de la posguerra: militares y curas rigen los destinos del pueblo español.

¿Qué opinaban los generales de Franco de la posible entrada de España en la guerra? División de opiniones. Algunos querían entrar y lo consideraban una obligación moral (los alemanes nos habían ayudado a ganar la guerra), pero otros lo desaconsejaban con la misma vehemencia.¹⁶⁹

dos, 2.137 mutilados, 1.600 congelados, 372 prisioneros y 7.800 enfermaron. «Un índice de bajas superior al cincuenta por ciento, lo que significa que uno de cada dos divisionarios pagó con la vida, la salud o la libertad su incorporación a la División Azul», Moreno Juliá, 2004, p. 312.

169. Como patriota me abochorna admitir que la pérfida Inglaterra sobornó a unos treinta generales de Franco para que exageraran la falta de preparación de las tropas y el mal estado del material, y desaconsejaban al

Mientras tanto, en los campos de Europa, en los desiertos de África, en las estepas rusas y en el pringoso océano proseguía un pulso emocionante entre democracias y dictaduras. Su momento culminante llegó en 1943, cuando se manifestó que el músculo alemán no daba más de sí, en tanto que sus oponentes recibían el refuerzo decisivo de Estados Unidos, con su inmenso potencial económico y humano. Hitler y Mussolini habían perdido la partida.

Como las ratas que abandonan el barco que se va a pique (y perdónenme los admiradores del Caudillo por la inelegante comparación), Franco basculó hacia los aliados, muy lentamente, eso sí, midiendo al milímetro cada gesto, para que su traslación hacia el lado contrario se notara lo menos posible (y porque todavía podía recibir alguna tarascada de Adolf, que últimamente andaba algo histérico). Sustituyó al progermano Serrano Suñer por Gómez-Jordana, sepultó la camisa azul en el baúl de los recuerdos y corrigió el rumbo del Estado, manteniéndolo en estricta neutralidad mientras hacía los cálculos para virar hacia las democracias occidentales en cuanto se presentara una coyuntura favorable. El renovado Franco se presentó ante el mundo como militar de signo católico. El catolicismo, una ideología de lo más prestigiosa, y crecientemente opuesta a los fascismos.

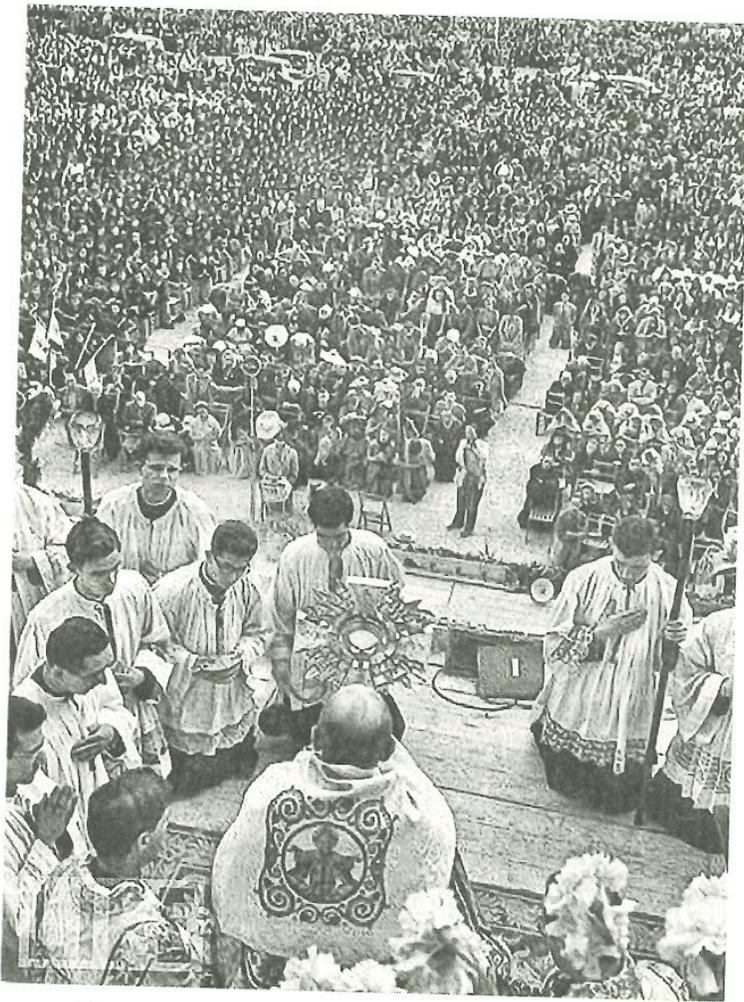
La Iglesia trincona le siguió el juego, naturalmente, a cambio del debido estipendio para el sostenimiento del culto. Pío XII, el nuevo papa, había proclamado que «de España ha salido la salvación del mundo» y había llamado a España «la nación elegida por Dios, el baluarte inexpugnable de la fe católica». El bando vence-

Caudillo la participación de España en la guerra. El soborno llegaba a las cuentas bancarias de los generales a través del financiero don Juan March, que les hacía creer que el dinero procedía de un consorcio de bancos y grandes empresas españolas a los que perjudicaría la participación del país en la guerra. En año y medio, el Gobierno británico transfirió a los generales cerca de seiscientos millones de pesetas. Apenas reconocer que personas de tan alto sentido del honor claudiquen al vil metal, a la caballería de san Jorge, como llaman en el Ministerio de Exteriores británico a los sobornos. Véase Ros Agudo, 2002, p. 148.

dor, que estaba a partir un piñón con el Vaticano, declaró por boca de Franco: «España tiene un destino providencial en esta vieja Europa [...]: salvar del marxismo la civilización cristiana».

«¡Trento está en nosotros: somos más papistas que el papa!», rebuznaba, con orgullo, el rector de la Universidad de Valencia.

Catolicismo y nación se fundían y confundían en perfecta simbiosis. La Iglesia recuperó, con aumentos, sus antiguos privilegios y se adueñó nuevamente de la educación del pueblo o, al menos, de la educación de la burguesía y de las clases medias, de la que saldría la clase dirigente del futuro (porque, consciente de sus limitaciones, desistió de evangelizar a la clase humilde).



Congreso Eucarístico de Barcelona, 1952.